

CONSPIRADORES REPUBLICANOS EN EL ALBACETE DE 1929

Por Francisco FUSTER RUIZ

El principio del fin de la dictadura del general Primo de Rivera y, por consiguiente, del reinado de Alfonso XIII, sobrevino con la romántica conjura de estilo decimonónico protagonizada por el ex presidente del Consejo de Ministros y jefe del partido conservador don José Sánchez Guerra, el 29 de enero de 1929. La provincia de Albacete, sin guarnición militar, no podía participar de un modo decisivo en este movimiento. Sin embargo tuvo una intervención interesante, casi novelesca, y totalmente desconocida e inédita. Creo que, a pesar de su insignificancia, es conveniente descender a la anécdota, porque la historia no siempre va a estar contada de forma sintética, esquemática y, por tanto, deshumanizada. Hay que volver al hombre de la calle, al verdadero protagonista de la historia.

En el pensamiento de Sánchez Guerra y de otros políticos y militares comprometidos, el pronunciamiento iba destinado tan sólo a la derroca-ción de la Dictadura para salvar de este modo a la Monarquía, que había perdido el fervor popular. Pero, para obtener más fuerza, se vieron precisados a aliarse con otros monárquicos desengañados y con la mayor parte de las organizaciones republicanas de las provincias. Por eso Raymond Carr¹ observa irónicamente que *"por más que Sánchez Guerra deseara conservar la monarquía, estaba dispuesto a ir a la conspiración con aliados cuya intención era destruirla"*.

El movimiento se había planeado desde hacía varios meses, en la residencia parisina de Sánchez Guerra. Debían sublevarse simultáneamen-

1. CARR, Raymond: *"España, 1808-1939"*. (Barcelona, 1970, pág. 564).

te más de veinte regimientos en toda España (sobre todo de Artillería), con el apoyo de numerosos grupos de paisanos de Alianza Republicana y de obreros en huelga, de la C.N.T. Según Tuñón de Lara², el objetivo táctico era *“desguarnecer militarmente Madrid y provocar sublevaciones periféricas para entonces tomar el poder en la capital. La fuerza motriz era aún la parte del Ejército con la que se creía contar, mientras que la acción popular era una fuerza de apoyo que debía entrar en liza una vez iniciado el movimiento”*.

Para ponerse al frente del mismo, Sánchez Guerra tenía previsto desembarcar en Valencia, a bordo del vapor “Onsala”, en la madrugada del 29; pero una avería en la máquina del barco retrasó la marcha, llegando por la noche a una playa cercana a Valencia. Su hijo Rafael, que había llegado de Madrid a reunirse con su padre, no pudo convencer al capitán general Castro Girona, que anteriormente había dado su asentimiento a la conjura. Tuñón de Lara³, con las naturales reservas (*“se ha dicho”*) recoge en su libro la teoría según la cual, enterada la esposa del capitán general de lo que se tramaba, fue a confesarse con el arzobispo de Valencia, y éste, rompiendo el secreto de confesión, amenazó a Castro Girona con revelarlo todo al Gobierno. Lo cierto es que en la noche del 29 al 30, Sánchez Guerra, después de arengar a los oficiales de Artillería que querían proseguir la acción a toda costa, en una entrevista con el capitán general, en la que estuvo presente el arzobispo de Valencia, se declaró responsable de la dirección del movimiento y exigió ser detenido.

Mientras tanto los diversos conjurados, militares y civiles, que tenían que haber iniciado la sublevación al unísono, quizás esperando inútilmente las noticias de Valencia, no se habían puesto de acuerdo en las restantes ciudades. Los obreros esperaban que se sublevaran los militares, pero estos no querían ser los primeros en tomar la iniciativa. Esto ocurrió en Barcelona, donde ni Companys ni el general López Ochoa, llegado clandestinamente de Francia, pudieron convencer a los militares, consiguiéndose tan solo, al día siguiente, algunas huelgas esporádicas en algunas fábricas.⁴ Otro tanto sucedió en Sevilla, donde el po-

2. TUÑÓN DE LARA, Manuel: *“La España del siglo XX”*. (Barcelona, 1974, tomo I, págs. 210-211).

3. *Ibíd.* op. cit.

4. *Ibíd.* op. cit.

lítico conservador Burgos y Mazo se encontró con que los civiles lo esperaban todo de los militares y los militares todo de los civiles. Según Raymond Carr⁵, el fracaso se basaba en que *“la conspiración tenía una base demasiado estrecha; eran pocos los que estaban dispuestos a arriesgar su vida en un asunto dirigido por los políticos de ayer”*.

En toda España, tan sólo unos manchegos iban a ser fieles a su palabra. A las cinco de la madrugada del día 29, antes de todos los acontecimientos relatados anteriormente, se ponía en movimiento el primer regimiento de Artillería ligera de Ciudad Real, y a las seis y media había ocupado todos los lugares estratégicos de la ciudad (Ayuntamiento, cuartel de la Guardia Civil, Bancos, etc.) y situado los cañones en las avenidas, los caminos, deteniendo en la estación la circulación ferroviaria. A las nueve de la mañana se enteraba el Gobierno de la situación. Según Tuñón de Lara⁶, Martínez Anido montó en cólera y declaró: *“Tengo una policía que se entera de las cosas después que las porteras”*. Poco después los aviones del Gobierno lanzaban octavillas sobre Ciudad Real, invitando a la rendición, diciendo que el movimiento había fracasado en toda España y que numerosas tropas se dirigían en trenes y camiones a castigarlos.⁷ A las ocho de la noche se rindieron los artilleros y al día siguiente la ciudad era ocupada por una brigada madrileña a las órdenes del general Orgaz.

La romántica intentona de Sánchez Guerra y de los artilleros manchegos parecía destinada a pasar sin pena ni gloria a las páginas de la historia contemporánea española. Sin embargo, bien pronto se demostró lo contrario. Sánchez Guerra, al que Primo de Rivera calificó despectivamente de *“travieso y soberbio político del viejo régimen”*, intuyó rápidamente cuál era el papel que debía desempeñar. Por eso, ante las propuestas del mismo capitán general de Valencia, que estaba dispuesto a facilitarle la huida al extranjero, prefirió ser detenido y juzgado por los Tribunales militares. El efecto que iba a ocasionar su actitud, unida a la insensata política del propio Dictador al desmantelar el Cuerpo de Artillería como represalia por la rebelión, sería quizás más decisivo para los futuros acontecimientos que toda la intentona revolucionaria: aniquilaría la voluntad continuista de Primo de Rivera.

5. CARR, op. cit.

6. TUÑÓN, op. cit.

7. De los periódicos “Defensor de Albacete” y “El Diario de Albacete” de los días 30 y 31 de enero de 1929.

Nos lo cuenta José María García Escudero, en su *“Historia política de las dos Españas”*⁸: *“Cuando Sánchez Guerra entró en la sala donde esperaba el Consejo de Guerra que iba a juzgarle, todos, público y tribunal, defensor y fiscal, se pusieron en pie. Era un síntoma de lo que siguió; otro de tantos juicios convertido en mitin. Le echaron en cara al político que no tenía fuerza para lo que pretendía y contestó recordando ‘que en el drama sacrosanto del Calvario, la fuerza estaba al lado de Caifás y de Pilatos, y la opinión de parte de Barrabás’; pero, en su caso, Sánchez Guerra tuvo al menos de su parte al tribunal, que le absolvió. Se hace difícil concebir cómo fue posible, pero lo fue, y los procesados militares, condenados a penas leves. Fue el 25 de octubre de 1929. Presidía el Consejo el general Federico Berenguer”*. Ricardo de la Cierva⁹ apostilla finalmente: *“Desde este momento la dictadura puede considerarse condenada por la propia institución que la originó y mantuvo”*. Esta postura del Ejército frente a la Dictadura tendría su colofón final en la actitud de los mandos militares en la curiosa y suicida consulta que el originalísimo Primo de Rivera les haría más tarde, el 26 de enero de 1930, que fue la que le obligaría a presentar la dimisión.

Albacete había tenido también su parte curiosa en la conspiración. El *“alma del movimiento republicano de Albacete”*¹⁰, doctor don Arturo Cortés Ortíz, había servido de eslabón entre don Miguel Villanueva, en Madrid, y don José Moreno Galvache, en Murcia, donde se esperaba la sublevación del regimiento de Artillería. Las noticias de esta colaboración albaceteña en la conjura se encuentran en el diario albaceteño *“Hoy”*, del 14 de abril de 1932, donde se publican un artículo del general Queipo de Llano, con el título de *“Incidentes de la Revolución”*, y una entrevista concedida por el entonces gobernador civil de Albacete don Arturo Cortés al escritor don José S. Serna.

La misión que los dirigentes revolucionarios habían dado a los conspiradores republicanos de Albacete era la de organizar el viaje clandestino de don Gonzalo Queipo de Llano a Murcia, para ponerse allí al frente de la rebelión de los artilleros. Pero todo tenía que llevarse con el máximo secreto, para que nadie se enterara de la presencia del general

8. (Madrid, 1975, tomo 2, p. 829).

9. CIERVA, Ricardo de la: *“España 1930-1976: La historia se confiesa”*. (Madrid, Planeta, tomo I, págs. 71-73).

10. Así se le califica en el diario albaceteño *“Hoy”*, del 14 de abril de 1932.

republicano, ya que esto podría levantar alarmantes sospechas de lo que se tramaba.

Los conspiradores se reunían en la casa de una tía de don Arturo Cortés, doña María Ortíz, —madre de don Juan Martínez Ortíz— que estaba gravemente enferma por aquellas fechas. *“Yo acudía como médico —relata el doctor— y... allí caían a poco ‘mis ayudantes’. ¡Cómo me reí cuando mi tía, ya restablecida, me contó que ella se había dado cuenta de que algún ‘enredo’ nos juntaba allí!...”* Así se reunieron los conspiradores durante algún tiempo, sin que la policía sospechase lo más mínimo, a pesar de que un agente vivía en frente de la casa de las entrevistas.

Para mayor seguridad, todos los mensajes se transmitían personalmente, sin utilización de telegramas cifrados, ni clave alguna. *“Un día enviamos a Ferrús a Murcia —cuenta el Dr. Cortés— para que transmitiese una orden de enorme trascendencia. No sabía don Alberto qué farmacia era la del señor Moreno Galvache. Pues bien: dio en ella ¡sin preguntar absolutamente a nadie! Así, pudo evitarse toda sospecha. Y es que Ferrús olía la revolución... Otra vez hubo que ir a Archena, sólo para enterarse del domicilio del doctor Spreáfico, donde a medianoche habíamos de entregar a Queipo de Llano. Se logró saber dónde vivía el doctor y, aquella noche, condujimos al general sin despertar el más pequeño recelo. Estas cosas eran el pan de cada día, amigo Serna”.*

Continuemos ahora el hilo del relato, con la transcripción íntegra del artículo del general Queipo de Llano, que es un verdadero documento histórico:

“Amistosos requerimientos —para mí ineludibles— me obligan a colaborar en el número extraordinario que publica HOY para celebrar el primer aniversario de la República.

“Creo que, como de interés local, será lo más interesante la relación sencilla y llana de los incidentes que en Albacete y su provincia me ocurrieron con motivo del movimiento que había de estallar en Valencia el 29 de enero del 29.

* * *

“Don Miguel Villanueva, de tan grata memoria, dirigía con entusiasmo impropio de sus años —no de las energías de su espíritu— la organización del movimiento a cuyo frente había de ponerse el ilustre señor don José Sánchez Guerra.

“Estuve designado, primeramente, para ponerme al frente de las tropas comprometidas en la guarnición de Sevilla, propósito que hubo de ser modificado ante la protesta de quienes se consideraban ofendidos, si después de estar trabajando para unir voluntades hasta conseguir contar con una parte considerable de la guarnición, iba yo, “con mis manos lavadas”, a recoger la gloria del triunfo. Los hechos demostraron después que ni allí tenían las manos lavadas ni tampoco deseos de cosechar la gloria por la que se mostraban tan celosos.

“Al explicarme el señor Villanueva la razón de tal cambio en la organización, me dijo que iría a San Sebastián en donde reinaba gran entusiasmo y hacía falta un general que lo hiciese vibrar. Pero pocos días después me dijo que la guarnición de Murcia ponía como condición, para sublevarse, que fuese yo a ponerme al frente de ella, lo que acepté con la mayor satisfacción por creer que cuando solicitaban mi presencia era por estar decididos a cumplir su palabra, sabiendo que nunca había de hacer traición a la mía.

“Esperé órdenes, y al visitar al general Aguilera me preguntó qué dinero necesitaría para irme, y le contesté que en mi casa quedaban unos diez duros (era el 25) por lo que me contestó que recibiría lo necesario.

“Al día siguiente recibí un sobre cerrado, de parte de dicho general, que contenía, ¡un billete de mil pesetas! para correr la aventura y para el sostenimiento de mi familia, y horas después, el 26 por la mañana, se me dijo que el movimiento sería el 29 y podría marchar cuando quisiese. Contesté yo que en cuanto almorzase; porque quería ponerme fuera del alcance de la policía por si, sospechando lo que se preparaba, se fueran a efectuar detenciones.

“Convenido esto, a las dos de la tarde fue a buscarme el capitán de Artillería señor Ortiz, quien me llevó en su propio automóvil a Albacete a donde llegamos ya de noche, a las seis de la tarde, marchando directamente a casa del doctor Cortés, quien de manera tan brillante rige los destinos de esa provincia.

“No era tarea muy fácil ver a mi excelente amigo don Arturo (a quien entonces no tenía el gusto de conocer) que, como hombre cauto, desconfiaba de personas a quienes veía por primera vez, cosa natural en aquella época en que muchos que alardeaban de caballeros se avenían a desempeñar el papel de esbirros al servicio del nefasto dictador.

“Nos recibió, al fin, y mediante la presentación de unos signos cabalísticos en una tarjeta de que yo iba provisto, pronto se estableció entre

nosotros esa corriente de simpatía que se establece entre quienes luchan y se sienten capaces de arriesgarlo todo por un ideal.

“Convinimos en la explicación que habíamos de dar a aquella visita: “un fuerte cólico me había obligado a requerir sus servicios” y mandó llamar a varios amigos con objeto de que me llevaran a una finca de campo en la que pudiera pasar desapercibido, hasta que tuviera que marchar a Murcia, a cuyo efecto había llevado yo la escopeta. Se acordó que fuese a una finca¹¹ que en lo alto de la Sierra poseía el señor Orovitg, hombre bueno y caballeroso, arrebatado a la vida, no sin haber tenido la satisfacción de ver implantado el régimen republicano, por el que tanto había suspirado.

“Hubo que buscar auto para los acompañantes y ya cerca de las once salimos para el punto de destino a donde, tras de recorrer un camino que creímos daría cuenta de los dos coches, llegamos cerca de la una, hora en la que cenamos... chorizo y latas de sardinas, alimento no muy a propósito para mi hígado rebozante de la bilis que la infame persecución del dictador me había hecho concentrar en tan importante víspera.

“El señor Orovitg y algunos de nuestros acompañantes volvieron a Albacete con la promesa de volver al día siguiente, a las nueve de la mañana, con efectos para mi alimentación, y poco antes de esta hora salió para Madrid el capitán Ortíz con los amigos que allí quedaron.

“Pero aquella promesa no se cumplió y tuve que pasar todo el día sólo y sin comer; con un frío espantoso, alimentándome... la esperanza de que los amigos llegasen con la comida deseada.

“Ya a las cinco de la tarde, mi paciencia se había agotado y creí firmemente que la policía había descubierto la conspiración y detenido a todos, razón por la que no habían podido cumplir la promesa que se me había hecho.¹²

11. La finca propiedad de don Agustín Orovitg Rosich se llamaba “La Cañada de Pajares”. En realidad, un sitio tan solitario era el mejor para esconder al general, que, según me cuenta actualmente don José S. Serna, tuvo la ingenua ocurrencia de venir disfrazado, “discretamente”, con una montera rústica y una manta zamorana, pareciendo un auténtico bandolero en el que todo el mundo se fijaba cuando transitaba por las calles de Albacete.

12. Don Arturo Cortés cuenta en la entrevista la causa de este retraso: “El general Queipo... se pasó todo un día sin probar bocado... porque García Farga y Coloma no pudieron poner en marcha el Ford en que transportaban los víveres. En vista de ello, acudieron a casa, abandonando el coche en el actual paseo de la Repúbli-

“Entonces mandé a la guardesa que, bajo mi responsabilidad, matase una gallina de la que comí para hacer fuerzas con las que poder poner en planta el proyecto que formé de irme a una población por la que pasase el ferrocarril, lo suficientemente grande para poder adquirir, sin infundir sospechas, noticias concretas sobre los acontecimientos y obrar en consecuencia. Pero, cuando acababa de ingerir más de la mitad del pajarito, a las nueve de la noche, se oyó el bramido de un motor que luchaba por vencer las dificultades de aquel áspero camino de montaña, por el que poco después iba yo, soportando horribles vaivenes, camino de la finca que, en las proximidades de Alpera, poseía aquel caballeroso y ferviente republicano, señor Martí Jara a quien no cupo la satisfacción de ver implantado el régimen republicano por el que tanto luchó y tantas contrariedades soportó. El Supremo Hacedor no fue tan clemente con él, como con el pobre señor Orovitg... Para los dos un sincero recuerdo de cariño.

“Con Martí Jara se encontraban, entre otros señores, Mariano Benlliure y Palomo, gobernador hoy de Madrid, que me esperaban para consumir opípara cena, que me llenó de indignación; porque ¿cómo tomarla después de haberme comido una gallina “a juerza de pan”?

“Dominaba en ellos el pesimismo que creo aplaqué un poco con el optimismo que en mí rebosaba ¡tanto había creído en la seriedad de los comprometidos de Murcia! error del que había de salir muy pronto.

“Con el señor Coloma, de Almansa, que guiaba su coche y con el señor Garcia Farga, de Hellín, que también me habían ido a buscar a la finca del señor Orovitg, continué el viaje a Archena, punto de etapa que cito, porque me proporcionó la satisfacción de conocer a los señores doctores Spreáfico, [a los que rindo] justo homenaje desde las columnas de HOY. Republicanos fervientes; hombres dignos; médicos que honran a su profesión, no sólo por sus conocimientos eminentes de aquella, sino por su altruismo que les hace apreciar la profesión con un sacerdocio al que dedican sus energías y sus fortunas y el alma entera que se ufana de verse correspondida por el cariño de las gentes, principalmente los pobres, que los consideran como una providencia.

ca (hoy de José Antonio). No me encontraron, y decidieron a hacer el viaje en un auto mío. Pero ¡tampoco supieron hacerle arrancar! Menos mal que Carlos Martínez Montero les facilitó el suyo. ¡Con qué placer correrían, por fin, hacia el escondrijo del general!”

“¡Y qué claramente vio las cosas don José! ¡con qué acierto me predijo lo que había de pasar! No había conseguido entibiar mi optimismo, cuando se me presentaron el hoy alcalde de Murcia don José Moreno y el capitán de Artillería señor Ferrán a aconsejarme que me volviese a Madrid; porque los comprometidos se volvían atrás al ver acercarse el momento... Pero ¿a qué hablar de lo que en Murcia ocurrió ni del proceder de señores que ahora sirven a la República como fervientes que, quizás, sueñan con que expusieron su vida por traerla? No; de Murcia no debo hablar más que del Teniente Coronel Sánchez Casas que sin estar comprometido acudió a mi llamamiento y procedió y sufrió prisión como un caballero y del citado don José Moreno y su cuñado: de don Francisco Pato en cuya casa estuve oculto dos días, y de algunos otros amigos con cuya amistad me siento orgulloso.

“Hubo algunos más que procedieron con exquisita caballerosidad, que por su condición destaco en estas líneas. Fueron los guardias de seguridad que, comprometidos, estuvieron en contacto conmigo hasta los últimos momentos, esperando siempre que quienes estaban más obligados cumplieran su palabra empeñada, y sólo me dejaron cuando su permanencia a mi lado podía poner de manifiesto su compromiso; pero al marcharse me prometieron acudirían a mi llamamiento en cuanto les llamase.

“Fracasado el movimiento en Valencia y en todas partes —pues sabido es que todos los comprometidos faltaron a su palabra excepto los artilleros de Ciudad Real— pensé en volver a Madrid preparando por el camino la coartada, para lo que convinimos lo que unos cuantos habíamos de decir, en el caso de que la policía comprobase que yo había estado en Murcia, de donde salí con la cédula del Director del Instituto señor Rivera. Marché a Archena, en donde convine con los señores Spreáfico —en cuya casa había parado las dieciséis horas que allí estuve a la ida— en lo que habríamos de declarar si se averiguase que yo había ido a Murcia, o solamente hasta Archena, y después de almorzar con amigos por mí tan queridos, hoy, continué a Albacete en un taxi, después de despedir al que me había llevado desde Murcia.

“No pude ver al señor Cortés¹³; pero estuve en casa del señor Orovitg,

13. La vuelta a Albacete del general la cuenta también el doctor Cortés: “¡Qué gran papel el de Pedro José Cortés en aquella ocasión! Sirvió de enlace entre Ferrús, Orovitg y yo. Figúrese usted que llega a Albacete, huyendo, el general Queipo de Lla-

en donde escribí lo que tendría que declarar cada uno en caso de necesidad, llegando a detalles tan nimios que los autos judiciales no pudieron, a pesar de la tenacidad del juez para aclarar los hechos, poner de manifiesto la verdad. Todo salió a pedir de boca, pues todos cumplieron con su deber, a pesar de las coacciones de que se les hizo objeto.

“Llegué a Madrid a la caída de la tarde, y dos días después fui detenido por la policía —en condiciones que harían suponer en mí la condición de criminal peligroso— y conducido a Prisiones Militares en donde estuve ochenta y cuatro días; seis incomunicado; treinta y ocho sin prestar declaración ni decirseme por qué se me había detenido. Y mientras, dos brigadas de policía recorrían aquellas provincias mostrando retratos míos y ofreciendo diez mil pesetas a quien me reconociese y diese datos para demostrar mi permanencia en aquella región, en los días de autos, todo lo cual fue inútil para quebrantar la bien tejida trama contra la que se habían de estrellar los deseos del dictador de vengar desde las alturas del poder, la ofensa personal que se empeñó en suponer que había recibido de mí, porque era ese medio más fácil la venganza, que en el terreno personal.

“La sumaria hubo de sobreseerse por falta de pruebas, y a los ochenta y cuatro días se me ponía en libertad sin darme la más leve explicación. El capricho del dictador me metió en prisiones y, cuando su capricho lo dispuso, se me dejó en libertad.

“Hoy, al recordar aquellos hechos y considerar la situación presente, me parece que soy presa de una pesadilla. Pero no; la República, aún en la infancia, sufre las distintas enfermedades que a ésta atacan para facilitar su crecimiento y desarrollo. Sanará del sarampión del comunismo, de las viruelas locas de los monárquicos soñadores, del sarpullido del problema clerical, hasta entrar en la pubertad fuerte y briosa.

“Cuidémosla todos los republicanos de buena fe, y pronto marchará con paso firme y sereno por el camino de la vida. Mi paso por Albacete me hizo conocer que en esa provincia no escasean esa clase de republicanos a los que desde las columnas de HOY envió mi afectuoso saludo.

no. Va a casa repetidas veces. Como no logra dar conmigo, acude a ver a Orovitg, que llama a Pedro José Cortés. Y éste, que en modo alguno podía suscitar sospechas, nos pone en contacto al general y a mí. Yo estaba, nada menos, en La Gineta, visitando a una enferma, hija de un maestro de obras...”

Si las circunstancias lo exigiesen, estoy seguro de que nos habríamos de volver a encontrar para defender la República

Madrid y abril, 1932.

Gonzalo QUEIPO DE LLANO”

No solo el general Queipo de Llano sufrió las consecuencias sumarias de la aventura albaceteña y murciana. También otros de los más humildes personajes políticos citados en este relato sufrieron durante algún tiempo la persecución policial del Dictador. El Doctor Cortés, dice al respecto: *“Estuve sumariado militarmente. Por cierto que el juez instructor, que fue el comandante don Alfonso Caudepont, nos trató con consideraciones que no podemos olvidar! Era un caballero”*.

Y a continuación, nos cuenta también otras anécdotas sabrosas del ambiente de la cárcel: *“En Prisiones Militares, reuníanse todos los conspiradores presos en una celda grande que llamaban, alegremente, “el Casino”. El único que no acudía jamás, como usted podrá suponer, era Castro Girona. Los otros, cuando se encontraban aburridos, le hacían “la gallina”, cacareando ante la puerta de su celda. El coronel que ejercía la jefatura de Prisiones, cuando los conspiradores armaban excesivo jaleo se aproximaba, gritándoles: ‘Esto es intolerable. Les voy a encerrar a todos en una celda de castigo’. Y añadía, riéndose: ‘Hasta luego!’”*.

Aunque en libertad provisional, porque no se podía probar nada en contra de ellos, los conspiradores albaceteños tenían que presentarse cada dos días y firmar en un registro de la policía. En el mencionado diario *“Hoy”* se reproduce una hoja de la libreta donde tenían que firmar los señores Orovitg, Rodolfo Coloma, García Farga y el Dr. Cortés, y que corresponde a los días 11, 13, 15, 17 y 19 de abril de 1929. Estaban sometidos al control policial que se llamaba *“régimen de 48 horas”*.

Don Arturo Cortés añade algo más acerca de los dos republicanos fallecidos antes de 1932: don Agustín Orovitg y don Enrique Martí Jara: *“Orovitg era hombre de una gran entereza. Enfermo y perseguido con saña por ser de su propiedad “La Cañada de Pajares”, centro de las conspiraciones, jamás desmayó. Respecto a Martí Jara, malogrado en plena juventud, ¡qué voy a decirle!... Ocupaba puestos envidiables como catedrático, como escritor y como político, y poseía más de un millón de pesetas. Y, en esas condiciones, él nunca vaciló al jugarlo todo a la carta de la República. Era una gran inteligencia, al servicio de un gran corazón”*.

El humorismo no estaba refido con la vocación revolucionaria. Así, en la entrevista, don Arturo Cortés enseñó a don José S. Serna una tarjeta que en su época había sido enviada a la policía:

“EL DOCTOR A. CORTES

e. i. m. a su distinguido amigo don José Errazquin, Jefe de policía, y, “por si las moscas”, le participa que sale de viaje para Sax, Fortuna y Murcia”.

Como es natural, en estas circunstancias, era imposible suprimir el espíritu revolucionario de aquellas personas: *“Aún no habían terminado las diligencias judiciales de la primera conspiración, cuando ya habíamos puesto en marcha la segunda —sigue diciendo el Dr. Cortés—. Yo me entendía directamente con Giral, hoy ministro de Marina, en su rebotica y, otras veces, en el departamento de Química, que regentaba él, en el Museo Oceanográfico... Esta vez ocurriósele a Galarza una clave originalísima. ¡Cuánto temí recibir un día un telegrama que trajese estas tres palabras fatídicas: ‘vino de Peptona’! El vino de Peptona significaría que había fracasado todo, que todo se había venido al suelo... Después, para que los Comités revolucionarios de todas las provincias españolas pudiesen recibir las órdenes emanadas del Comité central, adquirieron aquellos sendos aparatos de radio de onda extracorta. Ferrús, como técnico, era aquí el encargado de cazar la onda...”*

“Mi Ford, en las altas horas de la noche, nos trasladaba a cualquier carretera. Allí conspirábamos los señores Navarro Esparcia, Puerto, Mateos y yo. En ese mismo Ford —número 2106 de la matrícula de Albacete—, ¡cuántos viajes nocturnos realicé, en aventura revolucionaria, amigo mío!... Acompañado de Galarza, visité al capitán Warleta, profesor del Aeródromo. Queríamos de él que, de aterrizar aquí ciertos aviadores revolucionarios, los aprovisionase suficientemente, ayudándoles en caso de avería. El capitán Warleta se mostró dispuesto a ello. El plan consistía en apoderarnos del gobernador, del alcalde y de los Presidentes de la Audiencia y de la Diputación, respectivamente. Estaba destinada a Albacete una compañía del regimiento de la Princesa, de Alicante, o del regimiento de Vizcaya, de Alcoy, según dispusiese Riquelme, el

actual comandante-general de la tercera división. Si el jefe de la Guardia civil venía a ofrecerse, perfectamente; de no ser así, la compañía enviada se encargaría de él”.

Ya en prensa este artículo encuentro otra fuente de información: el periódico “DEFENSOR DE ALBACETE” del 17 de diciembre de 1931, donde hay una entrevista a don Arturo Cortés realizada por el periodista don Victorio Montes y Martí. Aunque en sustancia no aporta nada nuevo, las declaraciones contienen matices interesantes:

“La gente sabe que fui conspirador y que estuve durante mucho tiempo vigilado, que tenía mi correspondiente expediente policíaco (que hoy tengo en mi cajón por autorización del primer Gobierno de la República) y que estuve bajo sumario militar que fue sobreseído, pero ignora, naturalmente, las mil peripecias de mi gestión conspiradora. La conspiración atrae como el abismo. ¡Sabes que hay peligro constante y sin embargo no te hurtas a la atracción! La intentona de Sanchez Guerra fue la que más trabajo me dio pues todo en ella se realizó personalmente; yo servía de eslabón de enlace entre Madrid y Murcia en donde había gran parte de la guarnición comprometida. Unos militares, generalmente artilleros, venían a mi consulta, guardaban su turno como cualquier otro enfermo y las órdenes que me traían tenía yo que llevarlas a Murcia. Las órdenes venían del pobre Martí Jara y mi receptor murciano era el farmacéutico Moreno Galvache; me auxiliaron Coloma, de Almansa, García Farja, de Hellín, Orovitg y Ferrús, en Albacete; éste llevó a Murcia y Cartagena la señal, el día y la hora para el levantamiento.

“Como aquello fracasó fue preciso urdir declaraciones que nos salvaran y que salvara al General Queipo de Llano y en esta labor nos fue bastante bien un cólico hepático que inventé para el General y con auxilio de mi practicante Emilio Gimenez, Enrique Navarro y Pepe Cortés el Catedrático del Instituto.

“Cuando se proclamó la República seguíamos conspirando intensamente y los preparativos eran formidables.

“Nuestra desesperación era terrible. Habíamos montado bajo la dirección de Ferrús una estación de radio de onda extracorta con la que debíamos coger las cifras de una clave que me entregó Giral el hoy ministro de Marina, pero el aparato no pitaba ni por más filigranas que le hacía Ferrús ¡Llegó la República sin haber cogido un sólo número! De Alicante y de otros puntos, sé decir que ocurrió lo propio con la onda,

pero todo en realidad sobraba porque había ya en España la suficiente levadura en actividad y la mano bien preparada. El relato de esta etapa sería interminable y quiero rematarla con la pública expresión de la debida gratitud a don Agustín Orovigt, hombre de un romanticismo estóico. Siempre marché del brazo de Enrique Martí y por eso fui con él fundador en Acción Republicana.

“En la feria anterior a la del año de su muerte, estuvimos una noche de conversación hasta las cinco de la mañana. Logró entonces disuadirme del propósito que yo tenía de ingresar en el partido socialista, cediendo a insinuaciones repetidas de mi buen amigo e ilustre colega el Dr. Sanchis Banús. Enrique también tenía convencimientos socialistas pero estimaba que no era todavía en España la hora adecuada. A través de los argumentos de Martí he visto luego bien claro: fue su visión esa justa y acertada ¡gran hombre aquel!”

Si a nivel local, albaceteño, el conspirador más destacado era el doctor don Arturo Cortés Ortiz, a nivel nacional lo era otro albaceteño, el ya citado Enrique Martí Jara, hombre ilustre de Alpera, cuya figura intelectual y política merece una buena biografía. Por ahora, ya que estamos en plan de copiar testimonios de la época, he aquí las dos páginas y media que don MANUEL AZAÑA le dedica en sus “Memorias Políticas y de guerra”:¹⁴

“ 18 de agosto

“Hoy hace un año que se murió Enrique Martí Jara. Unos cuantos amigos han ido al cementerio, pero yo no podía asistir, por tener Consejo, y me ha representado un ayudante. Martí Jara murió joven; tendría cuarenta años o menos. Era muy buena persona, tenaz hasta la terquedad, bastante propenso a “sulfurarse”, y muy entusiasta por la “causa”. Cuando lo de “la noche de San Juan”, me lo encontré en el vestíbulo del Ateneo y me dijo, casi perdida la razón: “Valencia es nuestra”. La verdad es que allí no se movió ni una rata; pero él, durante unas horas, veía la revolución triunfante. Estos ímpetus le hacían chocar conmigo con frecuencia y nuestro respectivo mal genio se encrespaba. Pero me tenía mucha estimación, y aunque alguna vez le trataba con aspereza y aún con dureza, no me lo llevaba a mal y me lo toleraba. Martí Jara es el que me llevó, casi tirando de mí a la fuerza, a los primeros tra-

14 Vol. I. año 1931. Madrid, Afrodísio Aguado, S.A., 1976, págs. 168-170.

bajos para organizar la Alianza Republicana. Yo estaba entonces muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera, o la encontraba muy buena; sin exceptuar a los escritores y redactores de *El Sol*, que ahora, en su forma mínima de *Crisol*, expiden patentes de republicanismo. Al quedarme sin España, sin *La Pluma* y con el horizonte cerrado como por losa de plomo, no sabía qué hacer, entré en una especie de interinidad expectante, parecida en cierto modo a lo que nos ocurría durante la gran guerra. Estaba además deprimido y muy a disgusto por haberme tenido que ir a vivir en familia, perdiendo el "espléndido aislamiento" a que desde hacía muchos años venía habituado.

"Ni siquiera iba al Ateneo, del que me había separado por las tonterías que empezaron a hacer en cuanto salí de la secretaría, y por la feísima acción que cometieron conmigo algunas gentes que no podían soportar mis aciertos en aquella casa. Recuerdo que, por esas causas, y, sobre todo, por la soledad en que vine a encontrarme de pronto, el año 1925 es probablemente el más triste de mi vida. Entonces estuve a punto de hacer una tontería gigantesca. Yo creo que la soledad me indujo en error; la soledad y la absoluta carencia de ambición que siempre he tenido (facilidad para contentarme con lo presente y no crearme con derecho a más, ni a nada. ¿Será el freno de la indolencia?). Entré en unos devaneos que al punto no fueron entendidos, y que al serlo, fueron rechazados. ¡Qué suerte! ¡Lo que me habría pesado después! Lo chusco es que ya por entonces pensaba en otra cosa, pero me parecía inasequible, y la cultivaba nada más que como un cebo de la imaginación. Si aquello hubiera salido a medida de mis momentáneos deseos, mi aburrimiento y mi enojo ahora no tendrían límite, y la situación habría sido insostenible. Por entonces también me refugié en la afición a escribir. Concluí *El Jardín de los frailes* y comencé el libro sobre *Valera*.

"¿Por dónde he venido a recordar estas cosas? ¡Ah!, sí: por *Martí Jara*. De mi apartamento hurafío me sacaba *Martí Jara* llevándome casi a empellones a formar en los comités y consejos políticos preparatorios de la revolución. Cuando había que destacar a alguien en algún puesto, me destacaba a mí, con la extrañeza de algunos o con desdén de otros. Por entonces conocí personalmente a *Lerroux*, con quien tantas migas estaba yo llamado a hacer; y no sé aún si serán buenas o malas migas. Por *Martí Jara* fuí al comité ejecutivo de la Alianza, y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián, y que me incluyesen en el comité revolucionario, convertido después en Gobierno de la República.

“El 17 de agosto del año pasado se hizo el convenio que llaman Pacto de San Sebastián. Al día siguiente, por la noche, fuimos a un banquete republicano en Irún; yo veraneaba con Lola en Fuenterrabía. Estábamos en un hotel, lleno de burgueses y aristócratas sevillanos. Una marquesa viuda que allí vivía, le dijo a la fondista: “¡Qué lástima que una muchacha tan bonita (por Lola) se haya casado con un republicano!” Este era el personal. También vivía en el hotel Ruiz y Benítez de Lugo, subsecretario de la presidencia con Berenguer, y Matos, hermano del ministro de la Gobernación que sucedió a mi inolvidable adversario el general Marzo.

“Al llegar a Irún, la noche del banquete, me dio Galarza la noticia de la muerte de Martí Jara. Al banquete no asistió Lerroux, pero sí D. Niceto, y Miguel Maura, y Eduardo Ortega (de cuya indiscreción desconfiaban todos los conspiradores), y Victoria Kent, y no sé quién más. Había trescientos iruneses, algo bárbaros. La policía había prohibido que hubiese discursos, pero los hubo. A don Niceto, en su florido discurso, se le ocurrió hablar de la maternidad, dirigiéndose a la Kent. La autoridad, porque se quebrantaba la prohibición de echar discursos, quiso echarlo del local. Entraron los guardias, sable en mano. Creí que se reproducía lo del hotel Nacional, cuando el banquete a M. Domingo. Pero tal fue la actitud de aquellos bárbaros, que el comisario, pálido de cólera, optó por retirar a los guardias. Los republicanos ocuparon lo alto de la escalera, pistola en mano, para que ya no subiese nadie. ¡Cuántas emociones, desde entonces hasta hoy!

Todos estos testimonios de la época, recogidos de aquí y de allá, nos pueden servir para recrear un poco el ambiente que se respiraba en nuestra pequeña capital de provincia. Aquellos ideales republicanos que alentaban en el pecho de unos cuantos albacetefíos, que conspiraban en el más riguroso secreto para la instalación de un régimen democrático para España, afloraría tímidamente a la superficie en 1930, con la caída de la Dictadura, y estallaría finalmente, con una ilusionada explosión popular, en las elecciones municipales de abril de 1931. Era el triunfo de Martí Jara, Cortés, Orovitg, Ferrús, García Farga, Coloma, Navarro Esparcia, Puerto, Mateos, Pedro José Cortés. . ., aquellos románticos conspiradores republicanos de Albacete.

F.F.R.